

Este texto está protegido por la ley de derechos de autor. No está permitido ningún tipo de adaptación ni uso sin el permiso correspondiente. El incumplimiento de esta prohibición y el uso del texto sin el permiso correspondiente constituirán una violación de la ley de derechos de autor, o bien de los derechos relacionados con dicha ley, y comportarán responsabilidades civiles y penales. En el caso de estar interesado en utilizar este texto, deberá dirigirse a los representantes legales correspondientes.

LOS MACBETH

JERÓNIMO LÓPEZ MOZO

PERSONAJES

CAMARERA
MACBETH
LADY MACBETH
UTILERO

ESCENA CERO

Escenario desnudo. A su alrededor, el mobiliario y la utilería necesarios para la representación. Cuando el público todavía espera fuera de la sala, una actriz cruza a la carrera el vestíbulo camino de los camerinos. Cuando aquél empieza a ocupar los asientos, el utilero dispone lo necesario para la primera escena. Al tiempo, en un lateral, un actor cambia su ropa de calle por la del personaje que va a interpretar. Cuando ya está listo, el utilero le entrega una pistola de fogeo. Su aspecto es el de un mafioso de medio pelo.

ESCENA UNO

Tugurio a las afueras de la ciudad. Entra Macbeth. Mira a su alrededor. Se sienta en una mesa alejada de la puerta. Se frota el rostro con ambas manos y se mesa el pelo. Se acerca una camarera. Luce uniforme negro. El rostro, enmarcado por una melena de estopa y cubierto por una capa espesa de maquillaje hace difícil aventurar su edad.

CAMARERA.- ¿Qué va a ser?

MACBETH.- Lo de siempre.

CAMARERA.- ¿Qué es lo de siempre?

MACBETH.- (*Alzando la vista*) ¿Eres nueva?

CAMARERA.- Es mi primer día de trabajo.

MACBETH.- ¡Vaya! Un cuba libre.

CAMARERA.- ¿De ron?

MACBETH.- De ginebra. (*Saca un fajo de billetes y le da uno*) Cóbrate y te quedas con la vuelta.

CAMARERA.- Muy amable.

Macbeth sigue con la mirada a la camarera mientras se aleja. Cuando desaparece de su vista, saca el móvil y hace una llamada.

MACBETH.- ¿Señor Duncan? (...) Misión cumplida. (...) Se ha cumplido el guión al pie de la letra. (...) ¿Puedo hablar? (...) Seyward acudió a la cita. No sospechaba nada. Fui directo al grano. Al principio lo negé todo. Pero cuando le apreté las clavijas, admitió lo que usted sospechaba, que jugaba a dos barajas. Trató de justificar su traición. Incluso me invitó a pasarme a su lado. Le puse la pistola en la frente. Cuando se dio cuenta de que la cosa iba en serio, el miserable reconoció que se había equivocado y pidió clemencia. Le reventé la cabeza de un solo disparo. (...) Estoy a su servicio, Jefe. Usted me paga y yo hago lo que manda. (...) Me esmero. (...) No tiene ninguna deuda conmigo. (...) ¿Me está ofreciendo un ascenso? (...) Sea el que sea mi nuevo cometido, es una prueba de confianza por su parte. Gracias, señor Duncan. No le defraudaré. (...) ¿El próximo martes? ¿A su casa? (...) Iré, por supuesto. (...) ¿También mi esposa? ¿Por qué ella? (...) ¡Ah, una fiesta! Gracias de nuevo. Estará encantada. (...) Hablamos.

Macbeth apaga el móvil y, antes de guardarlo, lo acaricia. La camarera regresa con la bebida y le sirve.

CAMARERA.- ¿Más ginebra?

MACBETH.- (*Sobresaltado*) ¿Cómo?

CAMARERA.- Que si le pongo más ginebra.

MACBETH.- Está bien así.

CAMARERA.- Le veo muy pensativo, señor Macbeth.

MACBETH.- ¿Me conoces?

CAMARERA.- Participó en el tiroteo de la playa de Poniente.

MACBETH.- ¿Qué sabes de aquello?

CAMARERA.- Estaba cerca.

MACBETH.- Ha pasado mucho tiempo.

CAMARERA.- La gente aun lo recuerda. Murieron quince. Fue un baño de sangre.

MACBETH.- Nunca se averiguó quiénes intervinieron en el sarao.

CAMARERA.- Para nadie era un secreto que fue un ajuste de cuentas entre los clanes de Duncan y Macdonwald.

MACBETH.- Simples sospechas. No hubo detenciones.

CAMARERA.- Pero usted estaba allí. Era uno de los de Duncan.

MACBETH.- ¿Quién te lo dijo?

CAMARERA.- Nadie. Entró en el café La Golondrina cuando acabó la refriega.

MACBETH.- ¿Qué hacías en aquel antro?

CAMARERA.- Atendía la barra en el turno de noche. Venía herido. Pidió una copa, se la serví, la bebió de un trago y desapareció.

MACBETH.- Me pisaban los talones.

CAMARERA.- Es un tipo con suerte. No le alcanzaron.

MACBETH.- Conseguí darles esquinazo.

CAMARERA.- También salio bien librado de la emboscada que tendieron a Duncan en el Casino.

MACBETH.- No me digas que trabajabas allí.

CAMARERA.- Salvó la vida del Jefe.

MACBETH.- Les vi venir. Eran tres. Disparé primero.

CAMARERA.- Los dejó tumbados.

MACBETH.- Les gané por la mano.

CAMARERA.- Le protegió con su cuerpo y le sacó sin un rasguño.

MACBETH.- Procuero ser un buen profesional.

CAMARERA.- ¿No se cansa de matar?

MACBETH.- No he despachado a tantos.

CAMARERA.- A Cathness, el periodista...

MACBETH.- Estaba avisado de que lo pagaría si publicaba un artículo más
contra Duncan.

CAMARERA.- Al Presidente del Club de Golf...

MACBETH.- Ese murió en un accidente de coche.

CAMARERA.- Provocado.

MACBETH.- Le fallaron los frenos.

CAMARERA.- Los manipuló usted.

MACBETH.- No pudieron demostrarlo.

CAMARERA.- Pero fue usted.

MACBETH.- Reconozco que hice un buen trabajo.

CAMARERA.- Tampoco estuvo mal lo de Menteth.

MACBETH.- Un tocapelotas.

CAMARERA.- En la voladura del yate de Angus...

MACBETH.- Cayeron cinco pájaros de un tiro.

CAMARERA.- Ha matado a Gliford, a Mortimer, a Gloucester...

MACBETH.- No sigas.

CAMARERA.- Una lista interminable.

MACBETH.- Limpio el mundo de cerdos.

CAMARERA.- ¿Nunca se ha planteado matar en su propio beneficio?

MACBETH.- ¿Qué quieres decir?

CAMARERA.- Lo que ha oído.

MACBETH.- ¿A qué viene eso?

CAMARERA.- ¿No le gustaría oír a los demás llamarle Jefe?

MACBETH.- ¡Calla!

La camarera se aleja.

MACBETH.- ¡Espera! No sé tu nombre.

CAMARERA.- Tengo una gata que se llama Mari-Gris.

MACBETH.- El tuyo. Tu nombre.

CAMARERA.- ¿Qué más da? Cada día me llamo como me da la gana. Es lo bueno de no estar bautizada. (*Se ríe*) Piense en lo que le he dicho.

Macbeth va tras ella, pero la pierde de vista.

MACBETH.- ¿Dónde te has metido? Se ha esfumado. ¿Te ha tragado la tierra?

Regresa a la mesa. Coge el vaso con ambas manos y fija la mirada en él. Sacude la cabeza como si quisiera echar fuera las ideas que la van llenando.

MACBETH.- (*Escuchándose*) Jefe... Jefe... Suena bien. ¿Por qué no podría ser? ¿Qué tienes, Macbeth? ¿Tiemblas? Vamos, deja de imaginar cosas raras. Todo estaba en orden y ahora anda revuelto. ¡Maldita bruja! ¿Acaso tengo madera de jefe? ¿Cómo puedo saberlo sin haberlo sido nunca? Vamos, Macbeth, no dejes que lo que ha dicho la camarera eche raíces en tu cabeza. Acabaría creciendo hasta convertirse en una maraña de dudas. (*Bebe*) No vuelvas a pensar en lo que ha sucedido. ¡Olvídalo! ¡Olvídalo, si puedes! Y si no, disimula. Hazte a la idea de que has tenido un mal sueño. (*Bebe de nuevo*) Cuidado, Macbeth. ¿Quién te asegura que no te han tendido una trampa? ¿Quién dice que esa mujer no ha sido enviada por Duncan para poner a prueba tu fidelidad antes de confiarte tareas de más envergadura? Está informada con pelos y señales de todos los trabajos que has realizado. Sólo Dios los conoce. Y Duncan, que los ha ordenado. ¡Cuidado! No sigas adelante. Te estás metiendo en terreno pantanoso. Anda con pies de plomo. Son sospechas sin fundamento. No las alimentes. De lo que ha ocurrido, ni una palabra. ¡Chitón! ¿Entendido, Macbeth?

Macbeth se lleva el dedo a los labios. Luego, apura, de un trago, el cuba libre.

ESCENA DOS

Macbeth y su esposa se visten para acudir a la fiesta que ofrece Duncan.

LADY MACBETH.- ¿Por qué has tardado tanto en contármelo?

MACBETH.- Te lo he dicho. No duermo desde que la camarera me hizo la pregunta. Cuanto más quiero olvidarla, más vueltas le doy. Es absurdo. Lo sé. Estoy agitado, sobre ascuas.

LADY MACBETH.- ¿Por qué no la respondiste?

MACBETH.- ¿Debí hacerlo?

LADY MACBETH.- Tal vez no estarías tan inquieto.

MACBETH.- Me lo tomé como una impertinencia que no merecía ningún comentario.

LADY MACBETH.- ¿Lo era?

MACBETH.- Desde luego. Sin embargo...

LADY MACBETH.- Nadie lo diría.

MACBETH.- Es verdad. Me saca de quicio recordar aquellas palabras.

LADY MACBETH.- Prueba a responderlas. Puede que así se borren.

MACBETH.- Si ese fuera el remedio...

LADY MACBETH.- Hazlo.

MACBETH.- No.

LADY MACBETH.- ¿Qué te asusta?

MACBETH.- ¿Tú me imaginas convertido en jefe?

LADY MACBETH.- A veces sueño que lo eres.

MACBETH.- (*Inquieto*) Bromeas.

LADY MACBETH.- Hablo en serio.

MACBETH.- Sueños disparatados.

LADY MACBETH.- Algunos se hacen realidad.

MACBETH.- Éste, no.

LADY MACBETH.- ¿Qué lo impide?

MACBETH.- No me veo metido en ese traje.

LADY MACBETH.- ¿Sólo eso?

MACBETH.- Me sentiría incómodo.

LADY MACBETH.- Al principio. Enseguida te acostumbrarías a él.

MACBETH.- El que llevo me sienta bien.

LADY MACBETH.- Demasiado estrecho. ¿Dónde has dejado tus aspiraciones?

MACBETH.- Uno sabe cuál es su sitio.

LADY MACBETH.- Puedes subir más escalones. ¿O es que te da vértigo la altura?

MACBETH.- Por favor, calla.

LADY MACBETH.- Te faltan pocos para llegar arriba.

MACBETH.- Los más altos.

LADY MACBETH.- ¿Renuncias a subirlos?

MACBETH.- Nunca me lo he propuesto.

LADY MACBETH.- Así, pues, ¿tengo que olvidar mi sueño?

MACBETH.- Harías bien.

LADY MACBETH.- ¿Y si no pudiera?

MACBETH.- Inténtalo.

LADY MACBETH.- ¿Y si aún así...?

MACBETH.- Se hace tarde. Date prisa.

LADY MACBETH.- Insisto. ¿Y si aún así...?

MACBETH.- Es un sueño tan desagradable como la pregunta de la camarera, créeme. Siento haberte hablado de ella.

LADY MACBETH.- Macbeth...

MACBETH.- Basta, querida. No sigamos adelante.

LADY MACBETH.- No me lo quitarás de la cabeza. ¿Me subes la cremallera?

Macbeth sube la cremallera del vestido de su esposa.

ESCENA TRES

Exterior del chalet de Duncan, de madrugada. Macbeth y su esposa se dirigen al coche.

MACBETH.- Una fiesta espléndida.

LADY MACBETH.- Una fiesta, sin más.

MACBETH.- Tengo motivos para decir que ha sido una gran noche.

LADY MACBETH.- ¿Puedo saber cuáles? A lo mejor me contagias tu entusiasmo.

MACBETH.- Ya te dije que Duncan me tenía reservada una sorpresa.

LADY MACBETH.- Agradable, según parece.

MACBETH.- Ha rebasado con creces mis expectativas.

LADY MACBETH.- Siendo tan limitadas, no me extraña.

MACBETH.- En lugar de zaherirme, deberías felicitarme. He sustituido a Cawdor. ¿Callas? ¿No es extraordinario? ¿Qué más se puede pedir?

LADY MACBETH.- Tú, nada.

MACBETH.- ¡¿Qué más puedo pedir?!! Responde. Duncan me aprecia. Me ha llevado a su despacho. Ha apoyado su mano en mi hombro. "Seyward ha traicionado la confianza que le tenía y tú me has librado de él", me ha dicho. "No volverá a traicionarme. A ti te lo debo, Macbeth. Voy a recompensarte como mereces. De ahora en adelante serás mi brazo derecho". Luego me ha dado un fuerte abrazo.

LADY MACBETH.- Duncan sabe lo que hace. Te ha pasado la mano por el lomo y tú te has tendido a sus pies.

MACBETH.- Me mortificas.

LADY MACBETH.- No me negarás tu falta ambición. ¿Dónde está el hombre con el que me casé?

MACBETH.- Soy el mismo de entonces.

Macbeth la rodea con los brazos y la besa en el cuello. Ella le rechaza.

LADY MACBETH.- Quita.

MACBETH.- ¿En qué he cambiado?

LADY MACBETH.- Querías ser grande. Eres pequeño. No exiges nada. Te conformas con lo que te dan, sin darte cuenta de que, lo que recibes, no es nada para lo que mereces. ¿Por qué ser menos que nadie pudiendo ser más que todos?

MACBETH.- Sigues a vueltas con tu sueño.

LADY MACBETH.- Me niego a enterrarlo.

MACBETH.- Yo lo haré por ti.

LADY MACBETH.- Vano empeño. Los sueños no están hechos de materia.

MACBETH.- Lástima. Los cosería a tiros si fueran tangibles.

LADY MACBETH.- Hay un blanco mejor para tus balas.

MACBETH.- ¿Cuál?

LADY MACBETH.- Duncan. Resérvalas para él.

MACBETH.- ¡No vuelvas a pronunciar ese nombre!

LADY MACBETH.- Haz tuyo mi sueño, Macbeth.

MACBETH.- ¡Me asustas! ¿Así me pides que pague al que le debo todo?

LADY MACBETH.- Nada le debes.

MACBETH.- (*Con un hilo de voz*) Todo. Si Duncan te oyera, si supiera lo que tramabas...

LADY MACBETH.- Es el único obstáculo que te impide ser el dueño de tus actos.

MACBETH.- ¿Y si tropezase con él?

LADY MACBETH.- Anímate a saltarlo. Es el camino más corto. ¡Ten coraje!

MACBETH.- Sería el fin.

LADY MACBETH.- ¿Lo harías si no existiera ese riesgo?

MACBETH.- Eliminar a Duncan es un sinsentido. No sería difícil conseguirlo, pero las consecuencias pueden ser terribles. No daré ese paso. No quiero darlo.

LADY MACBETH.- ¿No quieres o no te atreves?

MACBETH.- Nunca he sido cobarde.

LADY MACBETH.- Lo eres. Haría el trabajo por ti, si pudiéramos cambiar los papeles. Yo no tengo miedo a satisfacer mis deseos si he de sacar provecho de ello, ni siento compasión por quién lo estorba, por mucho amor que le tenga.

MACBETH.- La codicia ha espesado tu sangre. Es una suerte que no tengamos hijos. Hubieran mamado hiel.

LADY MACBETH.- Ya han apagado las luces del chalet.

MACBETH.- Está amaneciendo. No parece que vaya a lucir el sol. El día se presenta feo.

LADY MACBETH.- Si levanta la niebla, puede ser hermoso. Piensa en lo que hemos hablado.

MACBETH.- ¿Acaso puedo dejar de hacerlo?

LADY MACBETH.- Vamos a casa. Tengo sueño.

MACBETH.- Sí.

Macbeth saca las llaves del coche.

ESCENA CUATRO

La alcoba de los Macbeth, en penumbra. Duermen. Macbeth lanza un grito y salta de la cama.

LADY MACBETH.- (*Sobresaltada*) ¡Macbeth! ¿Qué pasa?

Macbeth no responde. Ella se dirige a la ventana y descorre las cortinas. La luz de mediodía inunda la estancia. Macbeth, tembloroso y demudado, esgrime su pistola.

MACBETH.- ¡Las cortinas! ¡Cierra las cortinas!

Mira a todas partes mientras retrocede hasta apoyarse en la pared. Se lleva las manos a la garganta.

LADY MACBETH.- ¿Qué tienes, Macbeth?

MACBETH.- ¿Dónde está?

LADY MACBETH.- ¿Quién?

MACBETH.- Duncan. (*Llevándose la mano a la garganta*) ¡No quiero verle!

LADY MACBETH.- No hay nadie. Despierta.

Macbeth recorre la alcoba, revisando cada rincón.

LADY MACBETH.- Estamos solos.

MACBETH.- Duncan, estaba.

LADY MACBETH.- Ha sido una pesadilla. Acuéstate.

MACBETH.- Estaba. No me crees.

LADY MACBETH.- Dame la pistola. (*Macbeth se niega a entregársela*) Vamos, querido, vuelve a la cama.

MACBETH.- A la cama, no. A la cama, no. (*Escucha*) Oigo su respiración. Espera a que me duerma para intentarlo de nuevo.

LADY MACBETH.- ¿El qué?

MACBETH.- Estrangularme.

Lady Macbeth ríe.

MACBETH.- ¡No te rías!

LADY MACBETH.- ¿Qué delirio es ese? ¿Por qué habría de matarte si hace unas horas te ha convertido en su ángel de la guarda?

MACBETH.- ¡Le he traicionado!

LADY MACBETH.- (*Con sorna*) ¿Así le pagas?

MACBETH.- Tú me has empujado.

LADY MACBETH.- ¿Yo?

MACBETH.- ¿Es qué no te acuerdas? Tú me has empujado hasta la puerta de su despacho. ¡Tú! La he abierto. Duncan estaba sentado en su mesa. "¿Qué quieres, Macbeth?". "Jefe, vengo a matarle". Al principio no me ha entendido. "Vengo a matarle". Ha intentado alcanzar su pistola. No ha tenido tiempo. Le he disparado a la cabeza. Debería haberse desplomado sobre la mesa, pero no ha sido así. Se ha levantado. Me ha mirado a los ojos, como si estuviera preguntando: "¿Por qué?, ¿por qué, Macbeth?". Mi respuesta, otro disparo. Otro. Otro. Con los ojos cerrados. Para no verle. A ciegas. Cuando estaba seguro de haberle matado, los he abierto. Seguía de pie, mirándome, sin pestañear. Yo, tan experto en matar la vida, había fallado. Le tenía delante, vivo. ¿Qué podía hacer, sino escapar? A pesar del escándalo de los disparos, nadie ha salido a mi encuentro. He alcanzado la calle. Estaba oscura.

LADY MACBETH.- Es de día y la niebla se ha esfumado mientras dormíamos.

MACBETH.- Cuando he venido, la calle estaba oscura.

LADY MACBETH.- Continuabas con los ojos cerrados.

MACBETH.- Los tenía abiertos. ¡Estaba oscura y desierta, digo! Hasta donde me alcanzaba la vista, ni un alma. Cuando he llegado a casa, dormías. Te habría llamado si las noticias que traigo hubieran sido buenas.

LADY MACBETH.- Lástima que no lo sean. Hubiera tenido un feliz despertar. Mejor que el que me han deparado tus gritos. Son como aullidos de lobo herido. ¡Bonito despertador!

MACBETH.- (*Señalando la cama*) Estaba ahí, inclinado sobre mí.

LADY MACBETH.- Duncan, claro.

MACBETH.- ¿Quién otro podía ser? ¡Sólo él! ¡Duncan!

LADY MACBETH.- ¿Cómo ha entrado en casa? ¿Le has abierto tú?

MACBETH.- ¿Crees que lo hubiera hecho sabiendo que era él?

LADY MACBETH.- ¿Cómo entonces, gallina?

MACBETH.- No hay puerta que se le resista. Abriría hasta la del infierno si se lo propusiera.

LADY MACBETH.- ¿Tampoco le has oído entrar en la alcoba?

MACBETH.- Lo ha hecho como los cazadores furtivos, sin hacer ruido.

LADY MACBETH.- Y con el mismo sigilo, se ha ido, puesto que ya no está.

MACBETH.- Quería ahogarme.

LADY MACBETH.- Si esa fuera su intención, lo habría hecho.

MACBETH.- He sentido su aliento en la cara.

LADY MACBETH.- Duncan se ha instalado en tu cerebro.

MACBETH.- ¿Qué tengo que hacer?

LADY MACBETH.- Librarte de él, echarle fuera.

MACBETH.- ¡¿Cómo?!

LADY MACBETH.- Dale pasaporte.

MACBETH.- Insistes...

LADY MACBETH.- Me gustaría dormir tranquila, sin tantos sobresaltos. ¿Te hacer cargo?

ESCENA CINCO

El tugurio a las afueras de la ciudad. Macbeth ocupa la misma mesa que la vez anterior. También ahora hace una llamada por el móvil.

MACBETH.- Macbeth al habla, señor Duncan. (...) Vuelvo con las manos vacías. No he encontrado a nadie en esa dirección. (...) Ni rastro del tal Graciano. He preguntado por él a los vecinos. No le conocen. (...) El último inquilino era un francés. Regresó hace años a su país. (...) Tenía una fábrica de muebles, me dijeron. (...) La vendió. (...) ¿Su nombre? Ni idea. ¿Quiere que lo averigüe? (...) ¿También el del comprador? (...) Me llevará tiempo. (...) Le llamaré con lo que averigüe. (...) De acuerdo, señor Duncan.

La camarera acude antes de que concluya la llamada. Lleva en la bandeja una botella de ginebra y una coca-cola.

CAMARERA.- ¿Cuba libre de ginebra, señor Macbeth?

MACBETH.- (*Sorprendido*) ¿Dónde te habías metido?

CAMARERA.- (*Sirviéndole*) Vaya pregunta.

MACBETH.- Desapareciste de repente, como una pompa de jabón.

CAMARERA.- De repente, no. Ni me desvanecí en el aire. Me fui cuando acabó mi jornada.

MACBETH.- Sigues trabajando aquí, pues.

CAMARERA.- Estoy a gusto. Me tratan bien. Mejor que su jefe a usted.

MACBETH.- (*Poniendo un billete en la bandeja*) Tú qué sabes. A mi tampoco me va mal.

CAMARERA.- Sólo regular. ¿No le cabrea que le hagan perder el tiempo?

MACBETH.- ¿Por qué lo dices?

CAMARERA.- Por el encarguito de Duncan. Averiguar los nombres del francés y del que le compró el negocio es tan difícil como encontrar una aguja en un pajar.

MACBETH.- Tienes fino el oído.

CAMARERA.- Le hace ir de un lado a otro como a un zascandil. Vueltas y más vueltas para nada. Parece una peonza. Claro que si le va la marcha...

MACBETH.- Si no encuentro lo que busco, no pasa nada.

CAMARERA.- Menos mal. (*Haciendo ademán de irse*) Enseguida le traigo la vuelta.

MACBETH.- Espera. ¿No tienes nada más que decirme?

CAMARERA.- Nada que le agrade escuchar.

MACBETH.- ¿Por ejemplo?

CAMARERA.- Veamos... (*Piensa*) Hace años viví con un tipo que, cuando quería tirarse a otra, me mandaba a escardar cebollinos.

MACBETH.- ¿Y...?

CAMARERA.- Que yo le obedecía.

MACBETH.- ¿A mí qué? ¿Vas a contarme tu vida?

CAMARERA.- No. Sólo quería decir que, mientras yo no hacía nada de provecho, él se ponía las botas.

MACBETH.- ¿Qué tiene que ver eso conmigo?

CAMARERA.- Parece que con estos encargos, Duncan le tiene entretenido. Yo desconfiaría.

MACBETH.- ¿De Duncan?

CAMARERA.- ¿De quién si no?

MACBETH.- ¿Sólo de él? ¿Qué insinúas?

CAMARERA.- No tiene por que ser lo que parece. A veces, las apariencias engañan.

MACBETH.- ¿Qué hay de mi esposa?

CAMARERA.- No la conozco.

MACBETH.- ¿Qué pinta en esta historia?

CAMARERA.- ¿Por qué no lo averigua usted?

MACBETH.- ¡Pruebas de que me engaña!

CAMARERA.- Ninguna.

MACBETH.- Tus palabras...

CAMARERA.- Sólo conjeturas.

MACBETH.- Has lanzado el dardo y me lo has clavado donde más duele. Aunque me lo arranques, la herida está hecha. Si sabes más de lo que has dicho, échalo fuera.

CAMARERA.- Me da miedo, señor Macbeth.

MACBETH.- ¿Caben más lagartijas en mi cuerpo?

Macbeth se levanta bruscamente.

CAMARERA.- ¿Dónde va?

MACBETH.- A averiguar si tu sospecha es cierta.

CAMARERA.- ¿Y el encargo de Duncan?

MACBETH.- Que espere.

CAMARERA.- No le he traído el cambio.

MACBETH.- Dáselo al diablo.

CAMARERA.- No tengo tratos con él.

MACBETH.- Vivís amancebados, zorra.

Macbeth sale furioso.

CAMARERA.- ¡El cuba libre, señor Macbeth! (*Se encoge de hombros*) ¡Se fue!

La camarera se lo bebe a pequeños sorbos.

ESCENA SEIS

Casa de los Macbeth. Macbeth, sentado en un sillón, tiene la mirada puesta en la puerta. Fuma compulsivamente. A su alrededor, el suelo está lleno de colillas. Se oye la puerta de la calle. Tira el cigarrillo, mira el reloj y se pone de pié. Entra Lady Macbeth.

LADY MACBETH.- ¿En casa ya, Macbeth?

MACBETH.- Hace dos horas que te espero.

LADY MACBETH.- (*Acercándose para besarle*) De haber sabido que ibas a regresar tan pronto, no hubiera salido.

MACBETH.- (*Apartando ligeramente la cara*) No me esperabas.

LADY MACBETH.- Ni tampoco este recibimiento.

MACBETH.- ¿Puede saberse dónde se ha metido la señora?

LADY MACBETH.- ¿Tengo que decírtelo?

MACBETH.- Me gustaría.

LADY MACBETH.- ¿Desde cuando...?

MACBETH.- Desde ahora.

LADY MACBETH.- Supongo que estás de broma.

MACBETH.- Supones mal.

LADY MACBETH.- Está bien. He ido de compras.

MACBETH.- Vienes de vacío.

LADY MACBETH.- No he encontrado nada de mi gusto.

MACBETH.- ¿Raro, no?

LADY MACBETH.- ¿Por qué?

MACBETH.- ¡La verdad, querida!

LADY MACBETH.- No hay más verdad que esa. ¿Puedo saber qué te pasa?

MACBETH.- No me gusta que me engañen.

LADY MACBETH.- Ni a mí, créeme.

MACBETH.- Razón de más para que no mientas.

LADY MACBETH.- Si para ti la verdad no es lo que he hecho, sino lo que quieres oír, dímelo.

MACBETH.- Al grano.

LADY MACBETH.- Sospechas que te engaño. ¿Me equivoco?

MACBETH.- ¿Me engañas?

LADY MACBETH.- Desde luego.

MACBETH.- ¿Con quién?

LADY MACBETH.- Con quién tu me digas.

MACBETH.- ¡No te burles, mierda!

LADY MACBETH.- ¡Y tú no seas payaso! ¿Qué esperas que te cuente? ¿Qué estoy liada con tu mejor amigo?

MACBETH.- Sí, si es cierto.

LADY MACBETH.- Aunque lo fuera, nunca te lo diría. ¿Por qué no se lo preguntas al que tan bien te informa?

MACBETH.- Ya lo he hecho. A ti te toca desmentirle o darle la razón.

LADY MACBETH.- ¿Y si te dejara con la duda?

MACBETH.- No tendré ninguna, si no respondes.

LADY MACBETH.- Pobre Macbeth. Me das pena. Si eso te tranquiliza, no te ocultó nada. ¿Es suficiente o quieres que lo jure?

MACBETH.- Yo, querida...

Intenta abrazarla, pero ella se zafa.

LADY MACBETH.- Déjame en paz.

Lady Macbeth enciende un cigarillo.

LADY MACBETH.- ¿Puede saberse en la cama de quién me meto según el soplón que te surte de embustes?

MACBETH.- ¿Qué más da, si son mentiras?

LADY MACBETH.- Tengo curiosidad por saberlo. ¿Le conozco?

MACBETH.- Es Duncan.

LADY MACBETH.- ¡En la cama de Duncan! (*Estalla en carcajadas*) ¡Yo en la cama de Duncan! ¿Te imaginas revolcándome entre sus apestosas sábanas? Él encima de mí. ¡Duncan ocupando tu lugar! El chivato está mal informado. No conoce mis sentimientos hacia Duncan. Eso le disculpa. Pero tú, Macbeth, tú si los conoces y, sin embargo, has dado crédito a ese absurdo chisme.

MACBETH.- No me lo ha parecido al escucharlo. Estaba furioso, no era capaz de razonar. Me he dejado arrastrar al infierno de la sospecha y he ido más allá de lo que me han contado. He dudado sin ver. Te pido perdón. No era de ti de quién debía desconfiar, sino de Duncan. Ese era el mensaje que he recibido y no otro. Nadie me ha dicho que tú seas culpable, pero eso es lo que, en mi ceguera, he entendido. Equivocadamente, lo reconozco. ¡Que necio he sido! Lo que he oído sólo insinuaba veladamente que los encargos de Duncan me alejan de ti a propósito.

LADY MACBETH.- ¿Para que no le estorbes en su intención de seducirme?

MACBETH.- (*Asintiendo*) Ahora estoy tranquilo.

LADY MACBETH.- Puedes estarlo. Sus llamadas son en vano. Ya debiera haber desistido de hacerlas.

MACBETH.- ¿Duncan te llama?

LADY MACBETH.- Esta misma tarde lo ha hecho.

MACBETH.- ¿Qué pretende?

LADY MACBETH.- Que nos veamos.

MACBETH.- La advertencia es cierta, pues. Duncan tiene puestos los ojos en ti.

LADY MACBETH.- Pierde el tiempo. Es un baboso.

MACBETH.- ¿Por qué nunca me lo has dicho?

LADY MACBETH.- ¿Son cosas que una mujer deba contar a su marido?

MACBETH.- Sí, más cuando el que corteja es su jefe.

LADY MACBETH.- ¡Bravo! ¿Y qué hubieras hecho? ¿Decirle con buenos modales que me deje en paz? ¿Matarle? Matarle, no. A cualquiera antes que a él. Además, ¿me hubieras creído? ¿Puedo estar segura de que no me habrías acusado de provocarle? ¿Volvemos a las andadas, Macbeth? Mírate en un espejo. Comprueba que no tienes rastros de cuernos.

Macbeth la abofetea. Se miran desafiantes.

LADY MACBETH.- Hasta ahora no ha pasado de las llamadas.

MACBETH.- Lo hará.

LADY MACBETH.- ¿Y qué si lo hace?

MACBETH.- Te devuelvo la pregunta.

LADY MACBETH.- Responde tú.

MACBETH.- ¿Resistirás?

LADY MACBETH.- ¡Respétame!

MACBETH.- Insisto. ¿Resistirás?

LADY MACBETH.- ¿Debo hacerlo o no es conveniente desairar al jefe?

Macbeth la abofetea de nuevo.

LADY MACBETH.- (*Sin inmutarse*) ¿Cómo debo comportarme? Tengo que saberlo antes de que Duncan vaya más lejos. ¿Callas? ¿Te enfadarás si llegado el caso finjo que cedo a sus deseos, le dejo que se meta en mi cuerpo y cuando esté bañado en sudor y los jadeos no le dejen hablar, le reviento el cráneo?

MACBETH.- Antes le habré saltado la tapa de los sesos.

LADY MACBETH.- ¿Tú?

MACBETH.- No sería hombre si no lo hiciera.

ESCENA SIETE

Galería de tiro en el sótano de la casa de los Macbeth. Macbeth dispara con su pistola sobre un blanco con forma de silueta humana. Lady Macbeth entra y durante unos instantes observa en silencio.

LADY MACBETH.- ¿Estás decidido?

MACBETH.- Lo estoy.

LADY MACBETH.- ¿Ningún escrúpulo que pueda hacerte cambiar de opinión?

MACBETH.- No hay marcha atrás.

LADY MACBETH.- ¿Cuándo será?

MACBETH.- Ya.

LADY MACBETH.- ¿Cuál es tu plan?

MACBETH.- (*Interrumpiendo el ejercicio*) He barajado varios. Será en la finca de Inverness. Los martes, Ducan se reúne allí con Bouchier, Rhoteram, Morton y algún otro para jugar al poker.

LADY MACBETH.- Demasiada gente para mi gusto. ¿Estás seguro de que es el mejor sitio para asestar el golpe?

MACBETH.- Cuando lo dé, los de la timba estarán en sus cuartos, durmiendo.

LADY MACBETH.- ¿Nadie más puede estorbarlo?

MACBETH.- En la finca viven los guardeses, un matrimonio que sólo pisa la casa para servir la comida o cuando falta alpiste.

LADY MACBETH.- ¿Tan larga es la partida?

MACBETH.- Se acaba cuando están ciegos de alcohol.

LADY MACBETH.- ¿Puede saberse qué pintas tú en Inverness?

MACBETH.- Acompaño a Duncan. Antes iba Seyward. Llevaba el maletín con el dinero. Según me contaba, miles de euros. Una pasta. Parece que se apuesta fuerte. Ahora me toca a mí llevar los fajos.

LADY MACBETH.- ¿Y los demás? ¿Van solos?

MACBETH.- Llevan a su gente. Una pandilla de impresentables. En cuanto llegan a la casona, bajan la guardia. Van a lo suyo. Mientras los jefes juegan, no paran de darle al vicio y al trinque hasta que caen redondos. Lo tengo todo bien estudiado. Cuando la tertulia se acabe y cada uno esté en su habitación y los escoltas ronquen como cerdos, es mi hora. Y la de Duncan.

LADY MACBETH.- ¿Qué pasará cuando los demás descubran el cadáver?

MACBETH.- Nadie querrá saber nada. Cada cual se irá por dónde ha venido.

LADY MACBETH.- La policía preguntará.

MACBETH.- A la bofia no le van estos rollos. Los arreglos de cuentas, no son de su incumbencia. Le resbalan.

LADY MACBETH.- Supongamos que no es así, que indagan.

MACBETH.- Todos negarán que estuvieron allí.

LADY MACBETH.- ¿Tú también?

MACBETH.- Como ellos.

LADY MACBETH.- ¿Qué hay de los guardeses?

MACBETH.- Dirán que estaban durmiendo y que no vieron nada.

LADY MACBETH.- Asunto zanjado, pues.

MACBETH.- Zanjado.

LADY MACBETH.- Ya tenemos a Duncan muerto. Y después, ¿qué?

MACBETH.- No volverá a molestarte.

LADY MACBETH.- Para ese viaje, no hacen falta tantas alforjas. ¿No pensabas hacerte cargo de sus negocios?

MACBETH.- También.

LADY MACBETH.- ¿Estará de acuerdo la tropa de Duncan con que tú seas el nuevo Jefe?

MACBETH.- Me acaba de nombrar su lugarteniente.

LADY MACBETH.- Dejarás de serlo cuando ya no esté.

MACBETH.- Me respetan.

LADY MACBETH.- Estarás entre los sospechosos de haberle matado.

MACBETH.- ¡Es absurdo! Mi hoja de servicios es intachable.

LADY MACBETH.- Lo absurdo es que lo digas tú cuando estás a punto de matarle.

MACBETH.- Les convenceré de que otros tenían más razones para asesinarle.

LADY MACBETH.- Tendrás que explicarlas.

MACBETH.- Lo haré. Estando el juego por medio, todo es posible. El diablo preside la mesa y apadrina a todos. Yo no estoy entre los tahures. Nada me va en el juego.

LADY MACBETH.- Eso borra los recelos que tengan, pero no explica que, estando allí para protegerle, no evitaras su asesinato. Un fallo imperdonable que puede echar por tierra tus aspiraciones.

MACBETH.- ¿Qué puedo hacer, entonces, para que el invento funcione?

LADY MACBETH.- Ser hábil. Hábil para ganarte a los que van a decidir si te aceptan como su Jefe. La muerte de Duncan es el primer paso para alcanzar lo que buscamos. Es imprescindible. Pero será inútil si no llegas más lejos. Sobre su cadáver tienes que arrojar otro. Ese es el que te dará los argumentos que necesitas para asegurarte el cargo.

MACBETH.- Dos muertes en lugar de una.

LADY MACBETH.- ¿Te parecen muchas para un premio tan alto? ¿Va a temblarte el pulso?

MACBETH.- Tanto me da tener en el punto de mira a uno que a ciento, pero ¿por qué dos? ¿Quién será el otro?

LADY MACBETH.- El jugador que más haya perdido, en el caso de que no se trate de Duncan.

MACBETH.- Casi siempre le sonrío la suerte.

LADY MACBETH.- Confiemos en que esta vez no le de la espalda.

MACBETH.- Confiemos. ¿Y luego?

LADY MACBETH.- Te deshaces de él. En silencio, con navaja bien afilada. Lo siguiente es sacar de la cama al que haya tenido la negra en el juego y pedirle que te acompañe con cualquier pretexto al cuarto de Duncan. Sin

darle ocasión de que reaccione ante lo que ve, le golpeas hasta que pierda el sentido. Pones la navaja en su mano y lavas las tuyas, que no quede en ellas más sangre que la que testimone que has intentado auxiliar al muerto. Por último, vacías el cargador en el cuerpo del tipo y gritas. Cuando todos lleguen, maldices y finges descargar tu ira sobre el saco de despojos y aún deberías pisotearle mientras le llamas asesino. ¿Quién dudará de que, en efecto, lo es?

MACBETH.- El cargaré con la culpa de la muerte de Duncan.

LADY MACBETH.- Y, a los ojos de todos, tú habrás arriesgado la vida por salvar la suya. ¿Quién te negará entonces el derecho a tomar las riendas del grupo?

MACBETH.- Ahora que tú me has señalado el camino, nadie.

Macbeth se vuelve hacia la silueta, alza la pistola y apunta y dispara. Lady Macbeth, que se ha colocado tras él, parece seguir con la mirada la trayectoria de la bala.

LADY MACBETH.- ¡Diana!

ESCENA OCHO (De la que puede prescindirse)

Macbeth en un lugar indeterminado. Se contempla las manos ensangrentadas.

MACBETH.- Hacía tiempo que la luna se había ocultado. Se diría que anoche el cielo decidió hacer economías, pues apagó todas sus luces tan pronto como Duncan y sus compañeros de juego se retiraron a sus aposentos. Estaba de excelente humor porque, una vez más, la suerte fue su aliada. "Buen descanso, Jefe", le he deseado, procurando que mi rostro no reflejara lo que anidaba en mi corazón. Tan pronto como se ha hecho el

silencio en Iverness, apenas roto por los ronquidos de los que reposaban y el chirrido de los grillos, me he puesto en marcha hacia mi designio como un fantasma, con pisadas furtivas. ¡Que no se oigan mis pasos ni a dónde caminan! He encontrado entreabierta la puerta de su habitación, un descuido al que, sin duda, no ha sido ajeno que tuviera la cabeza como una bota repleta de alcohol, pues es improbable que se tratara de un gesto de confianza, que no suele prodigar. Antes de traspasar su umbral, he abierto la navaja para tenerla dispuesta. Raro instrumento al que mis manos, más hechas a las armas de fuego, no están habituadas. Compañero cuya empuñadura sujetaba con fuerza mientras le guiaba hacia el destino que yo mismo le había señalado. De repente, a dos pasos del lecho de Duncan, el ulular de un búho se ha encargado de despertarle, como si alguien le hubiera confiado la misión de comunicarle que la hora de su ejecución estaba próxima, de que había llegado el momento de emprender el viaje al cielo o al infierno. “¿Quién va? ¡Eh! ¿Quién es?”, ha exclamado. Ni una palabra más ha salido de su boca. ¡Terrible mueca! Que espantoso espectáculo. La señal de que el proyecto ha sido consumado está en la hoja de acero, por la que resbala la sangre. ¡Y en mis manos! (*Las muestra ensangrentadas*) El océano entero no contiene agua suficiente para lavarlas. Al contrario, si las sumergiera en él, se teñiría de rojo. Sin concederme un segundo de descanso, he corrido al cuarto del que ha salido peor parado en el juego. ¡Morton! He llamado a lo sordo a su puerta por no despertar a los demás. Un solo golpe ha bastado para atraer su atención. Estaba en vela, rumiando seguramente su mala racha. Desde la oscuridad del pasillo, para ocultarle el testimonio de mi crimen, le he susurrado: “Duncan ha perdido la cabeza. Está quemando el dinero que el poker ha llevado a sus bolsillos”. “¿Quién me habla?”. “Soy Macbeth”. “¿Su guardaespaldas?”. “Le acompaño y le protejo”. “¿Por qué me lo cuentas a mi?”. “Para que recupere lo suyo y me recompense”. El pobre diablo, que estaba a medio vestir, ha cubierto a toda prisa sus desnudeces y me ha ordenado que le condujera hasta el loco incendiario. El espanto se ha

instalado en su rostro cuando en el lugar del fuego ha encontrado al gallo degollado en medio de un charco de sangre y esa misma sangre en mis manos. "¡Tú has sido su verdugo!", ha gritado. "¡Y el tuyo! No dormirás más, pues antes tendrías que despertar de este sueño, que no será esa apacible muerte de vida de cada día, con la que combatimos el cansancio, sino el último al que nos rendimos". Morton se ha ido del mundo sin conocer la causa de la desgracia de Duncan ni de la suya. Tan rápidos y certeros han sido mis disparos. Los primeros en acudir atraídos por el estruendo producido al abandonar el arma su mortífera carga, le han hallado ya sin vida y, a mí, único testigo del sangriento suceso, investido con la dignidad de los vengadores justicieros. A los que iban llegando y preguntaban "¿Qué sucede?", unos les respondían "Duncan ha muerto", y otros "Mirad la muerte misma". A lo que yo añadía, señalando el cuerpo de Morton: "Ahí tenéis al asesino. Quería recuperar por la fuerza el dinero que Duncan le ganó limpiamente en el juego. Lástima que no haya sospechado lo que este hombre tramaba, pues me hubiera anticipado a su criminal acción y, en lugar de vengar la muerte del Jefe, hubiera salvado su preciosa vida. ¡La destrucción ha consumado su obra maestra!". "Asesinato y traición", ha dicho uno. Y otro, borracho como una cuba: "El vino de la vida se ha derramado". He mostrado el dolor que no siento y, cuando los demás han considerado que nada quedaba por decir y lo urgente era salir de allí con discreción, yo he derramado lágrimas de cocodrilo y he fingido resistirme a dejar el lugar del crimen. Al cabo, como si me hubiera dejado convencer por sus sensatos argumentos, he accedido a seguirlos, no sin antes sellar con ellos un pacto de silencio y convenir que un médico certificara las muertes de Duncan y Morton, presentándolas como naturales. En Iverness han quedado tendidos sus cuerpos sin otra compañía que la de los guardeses. Asegurado el secreto sobre lo sucedido, cada cual ha dispuesto su partida. Yo he abandonado el lugar antes de que el farol viajero asomara en el horizonte. De regreso a casa, he oído lamentos en el aire, extraños chillidos de muerte, voces con acentos terribles que

anunciaban sucesos confusos incubados apenas una hora antes. Durante el interminable camino me ha acompañado el gemido del ave de las tinieblas y he sentido que, bajo mis pies, la tierra temblaba como si tuviera fiebre. Ha sido una noche horrible.

Macbeth calla. Las luces de la sala se encienden y el actor se adelanta hasta el proscenio.

ACTOR.- (*Al público*) Si mi personaje fuera algo más que un simple matón y el autor hubiera situado la acción de estos sucesos en una de aquellas épocas en la que los mayores criminales empleaban el verso para expresarse, alcanzando una grandeza que ya no existe, hubiera explicado lo sucedido en Iverness durante aquella noche sin luna con palabras parecidas, si no iguales, a las que acabo de declamar. Pero la mediocridad de este Macbeth, que sólo ha heredado de su trágico predecesor el nombre, a la que hay que añadir la necesidad de emplear el lenguaje que corresponde a nuestro tiempo, ha convertido la crucial escena en el escueto diálogo que van a escuchar. Y bien que, como actor, lo siento. Como lo siente mi compañera de reparto, a la que también le hubiera gustado un aire más sublime, pues a mi grandilocuencia, hubiera respondido con la suya. Gracias.

Hace un gesto hacia la cabina de electricistas y las luces de la sala se apagan.

ESCENA NUEVE

Salón de la casa de los Macbeth. Del exterior llega el ruido de la puerta del garaje. Lady Macbeth entra y aguarda la llegada de su esposo. Se miran.

MACBETH.- (*Tras un largo silencio*) Todo ha sucedido como habíamos previsto.

LADY MACBETH.- Es una gran noticia. ¿Quién ha sido el otro?

MACBETH.- Morton. No le conoces.

Lady Macbeth no responde.

MACBETH.- ¿Quieres saber algo más?

LADY MACBETH.- No me interesan los detalles. Tus manos hablan por sí solas. Ahora hay que prepararse para el siguiente paso: ocupar el asiento de Duncan.

MACBETH.- ¿Cuándo le daremos?

LADY MACBETH.- No seas impaciente. Nadie sabe todavía que está vacío.

MACBETH.- Muchos tendrán que ver su cadáver para creerlo y alguno habrá que dude.

LADY MACBETH.- Ojalá que los deseos se cumplieran en el momento de tenerlos.

MACBETH.- Yo tampoco soporto las esperas.

LADY MACBETH.- Dejemos que el futuro se vaya cocinando en su propia salsa.

MACBETH.- Tal vez debiera reunirme con la gente...

LADY MACBETH.- ¿No sería mejor que, de momento, te lavaras las manos?

MACBETH.- Si no lo he hecho antes es porque quería que las vieras. La sangre es la prueba de que he cumplido.

LADY MACBETH.- Espera. No te las limpies todavía. Tráelas.

MACBETH.- ¿Para qué?

LADY MACBETH.- Algún mérito me corresponde en este negocio. Bueno es que lo recuerdes.

Lady Macbeth le toma las manos, las lleva hasta su rostro y las frota con fuerza sobre él hasta trazar llenarlo de trazos de sangre seca.

LADY MACBETH.- ¿Cómo me sienta el maquillaje?

MACBETH.- No me atrevo a mirarte.

LADY MACBETH.- No seas como los niños que se asustan cuando ven su propia imagen en un espejo.

MACBETH.- Pareces una estampa del diablo. Das miedo.

LADY MACBETH.- De nada se ha de tener tanto miedo como del miedo mismo. Cierra los ojos y abrázame, Macbeth. Tengo una deuda contigo y voy a pagarla.

Se abrazan con fuerza.

LADY MACBETH.- ¡Adelante! ¿Qué te detiene? Se levantó la veda. Tienes licencia para cazar. Ya puedes batir el monte.

MACBETH.- Muy larga ha sido la espera.

LADY MACBETH.- Lo que has tardado en comportarte como un hombre.

MACBETH.- Exigías mucho.

LADY MACBETH.- Nada de lo que no fueras capaz.

Lady Macbeth se echa ligeramente hacia atrás y se deja hacer. Macbeth se aplica a la tarea de asaltar aquel cuerpo que le ha estado prohibido. Remueve con ansia de animal en celo la ropa que le cubre, buscando el contacto rápido con esa carne todavía calma que se le ofrece como trofeo. Sus manos recorren, como si no los conocieran, caminos ya transitados. Se detienen donde siempre lo

hicieron con éxito. Acarician las nalgas, rodean la cintura, atrapan los pechos, juegan con ellos y se deslizan por el vientre hacia el hueco abierto entre los muslos por la presión de su rodilla.

LADY MACBETH.- ¿Adonde vas?

MACBETH.- Abajo.

LADY MACBETH.- Ahí quiero otros halagos. Esa fruta se come.

Macbeth, obediente, hunde su cara entre las piernas de ella. Por vez primera se estremece Lady Macbeth, que, exige, sujetando con las manos la cabeza de él para que no se separe del rincón oscuro que ha recibido su aliento, que su lengua se muestre más activa. Una fuerte sacudida, seguida de un ronco gemido, la recorre de arriba abajo. Ofrece sin reservas su cuerpo, ya desnudo, y como Macbeth tarda en poseerle, le urge para que actúe.

LADY MACBETH.- ¡Móntame ya!

MACBETH.- No hay prisa.

LADY MACBETH.- ¡Hijo de puta! ¡La puerta está abierta!

MACBETH.- Exijo que la dueña de la casa salga a recibir a mi polla.

Macbeth, separadas las piernas, la exhibe con orgullo.

MACBETH.- Me siento orgulloso de ella. ¿No es una buena pieza?

LADY MACBETH.- Hermosa. Digna de un semental. Mis respetos, señora.

MACBETH.- Antes de follarte, toma las medidas.

LADY MACBETH.- Las conozco de sobra.

MACBETH.- Por si acaso han cambiado...

LADY MACBETH.- ¡Cabrón!

MACBETH.- ¿Algún problema?

LADY MACBETH.- Ninguno.

Lady Macbeth rinde el tributo que demanda.

MACBETH.- Despacito, reina, como a mí me gusta. Eres una maestra. Así, eso es. ¿Qué me haces, bribona? ¡Ya revienta! ¡Garganta profunda! ¡Traga! ¡Traga! ¡Traga! (*Apartándola de un empujón*) ¡Fuera! Estamos en paz.

LADY MACBETH.- ¿Satisfecho del servicio?

MACBETH.- Buena mamada.

LADY MACBETH.- Te he dejado sin fuelle.

MACBETH.- Voy sobrado. Tengo suficiente para romperte el coño.

LADY MACBETH.- Mucho tardas en demostrarlo.

Ruedan los cuerpos en celo por el suelo. Se acarician. Se restriegan. Recorren todas las rutas de sus cuerpos. Van dejando las marcas del feroz encuentro en la piel sudada. Se lamen las heridas. Recitan un repertorio completo de obscenidades. Tendida boca arriba, Lady Macbeth deja el paso franco al miembro recrecido de Macbeth. Este, impetuoso, le hunde. Es el punto de partida de un brutal combate cuerpo a cuerpo sin reglas que lo rijan.

LADY MACBETH.- (*Estremeciéndose*) ¡Más hondo, maricón! ¡Empuja!

MACBETH.- Silencio, doña.

LADY MACBETH.- ¡Agranda la brecha!

MACBETH.- ¡Ni una palabra, he dicho, perra salida!

LADY MACBETH.- ¡Sigue! ¡Sigue! ¡Sigue! ¡No pares!

La fiesta caníbal se interrumpe cuando, los dos al límite de sus fuerzas, Lady Macbeth pide árnica.

LADY MACBETH.- ¡Descarga ya, bestia borracha!

MACBETH.- ¡Aguanta, mi reina!

Macbeth pone fin a la cabalgada y se aparta.

LADY MACBETH.- (*Sin voz*) Salvaje.

MACBETH.- No hemos acabado. Hay más.

LADY MACBETH.- Estoy muerta.

MACBETH.- El cuerpo me pide pelea.

LADY MACBETH.- Otro día.

MACBETH.- Ahora. Sólo has pagado una parte de la deuda.

Exhaustos y sudorosos, se miran. De pronto, rompen a reír.

LADY MACBETH.- Cóbrate lo que te debo. Hay barra libre.

MACBETH.- Voy a dejarte el cuerpo como un acerico. Date la vuelta. ¡El culo!

LADY MACBETH.- Eres el mismísimo demonio. ¿Estoy bien así?

MACBETH.- ¡Que desvergüenza! ¡Adorable trasero!

LADY MACBETH.- Deja de mirar. ¡Al grano!

La acometida no se hace esperar. Lady Macbeth recibe con un alarido la toma de posesión de su grupa por la poderosa verga del macho salido.

ESCENA DIEZ

Horas después. Macbeth y su esposa, dormidos, yacen tendidos en el suelo. La ropa está esparcido a su alrededor. Les despierta la alarma de un móvil.

MACBETH.- La puta...

LADY MACBETH.- Apágalo.

MACBETH.- ¿Dónde mierda está?

Macbeth le busca entre las ropas desordenadas. No lo encuentra.

LADY MACBETH.- Vuelve. Ya dejará de sonar.

MACBETH.- Me pone nervioso.

Lady Macbeth le ayuda sin ningún entusiasmo. Al cabo, es ella la da con el teléfono en un bolsillo del pantalón de Macbeth. Mira el número en la pequeña pantalla.

LADY MACBETH.- Toma. No sé quién llama.

MACBETH.- Es Seyton...

LADY MACBETH.- ¡Maldito aguafiestas!

MACBETH.- ¿Pasa algo, Seyton? (...) Ha sido terrible. (...) Me he venido a casa.

Estoy hundido. (...) Nos reuniremos pronto para que os cuente con pelos y señales lo que ha sucedido. (...) ¿Ajuste de cuentas? No. (...) Complot tampoco. Morton ha actuado en solitario. El tipo había perdido una fortuna. Así de sencillo. (...) Me arrepiento de haberle matado. No he debido hacerlo. Ha sido un error. Pero estaba furioso. No he podido contenerme, ¿comprendes? Morton vivo nos hubiera sacado de dudas. (...) Yo no las tengo, pero ¿y los demás? (...) Tranquilo, Seyton. (...) Nadie bien nacido se atreverá a dar ese paso con Duncan de cuerpo presente. (...) Tenemos que hablar, sí. Hay tiempo. Dejemos que las aguas vuelvan a su cauce. ¿Hace mañana? (...) ¿Antes? (...) ¿A quién hay que ganar por la mano? ¿A quién? ¡Nombres! (...) ¡Love! (*Macbeth escucha demudado. Cubre el micrófono. A su esposa*) Todo se viene abajo. Estábamos ciegos. Hemos hecho el trabajo sucio para otro.

LADY MACBETH.- ¡Párale los pies!

MACBETH.- (*De nuevo por el móvil*) Nos vemos enseguida, Leyton. (...) ¿Decidido? ¿Cuándo? ¿Quiénes? (...) ¿En quién habéis pensado? (*Se le ilumina el rostro*) ¿Yo? ¿Por qué yo? (...) ¿Estáis todos de acuerdo? (...) ¿Siward? (...) Voltemand, Surrey... ¿Surrey también? (...) ¿No habéis encontrado alguien mejor...? (...) Dejadme que lo piense bien. (...) ¡Es tanta la responsabilidad! (...) Estoy en casa, sí. Os espero. (*Apaga el móvil*) ¡El poder viene a nuestras manos sin que tengamos que ir a buscarlo!

LADY MACBETH.- ¡Hoy es un día grande! (*Abrazándole*) ¡Macbeth!! Ya lo tenemos todo.

MACBETH.- ¡Copas! ¡Champagne!

LADY MACBETH.- Calla, loco.

MACBETH.- ¡Hay que celebrarlo!

LADY MACBETH.- El brindis para luego. Ahora toca que te prepares para recibirles. No tardarán en llegar. (*Cubriéndose con lo primero que tiene a mano*) Tenemos que poner orden en esta leonera y tú, vestirte.

MACBETH.- ¿Saldrás a saludarles?

LADY MACBETH.- ¿Te parece que estoy presentable? Cuando llamen al timbre, desaparezco.

MACBETH.- Te quiero cerca.

LADY MACBETH.- Estaré detrás de la puerta, escuchando.

Macbeth busca su ropa y se la pone lentamente.

LADY MACBETH.- Espabila, Macbeth.

MACBETH.- No me van los cónclaves.

LADY MACBETH.- Visitas como ésta son un regalo. Bienvenida sea. ¿O no te gusta la embajada que trae?

MACBETH.- Claro que sí, pero cuando Seyton y compañía se vayan, me sentiré mejor.

LADY MACBETH.- Tendrás que acostumbrarte a estos conciliábulos.

MACBETH.- Lo mío es la acción. Con las palabras, me enredo.

LADY MACBETH.- Nadie dice que haya que hablar por los codos. Conversación, la justa. ¿Quieres un consejo?

MACBETH.- No lo necesito.

LADY MACBETH.- ¿Que les dirás cuando los tengas delante?

MACBETH.- ¡Qué más da!

LADY MACBETH.- (*Dejando de ordenar la estancia*) ¿Qué hay, muchachos? ¡Una abrazo, Siward! ¿Qué tal tu mujer? ¡Venga esa mano, Surrey! Me alegro de verte bueno, Fleance. Pero adelante, no os quedéis ahí. ¿Alguna novedad digna de mención? ¡Ah, sí, lo de Duncan! ¡Horrible! Era como un padre para nosotros. Dejadme que os cuente... ¡Y tú les cuentas! ¡Con pelos y señales! ¿No es eso lo que le has prometido a Seyton? ¿A qué correr tanto?

MACBETH.- ¿Qué harías tú?

LADY MACBETH.- Mostrarme amable y, al tiempo, distante.

MACBETH.- ¿Qué más?

LADY MACBETH.- Para empezar, es suficiente.

MACBETH.- ¿Y luego?

LADY MACBETH.- Sabría estar mi sitio. No moverme de él. Escucha, Macbeth. Lo que hagas y cómo lo hagas, es importante. Por ejemplo, cuando salga a relucir lo de Duncan...

MACBETH.- ¡Eso es! ¿Qué...?

LADY MACBETH.- Lamenta su muerte, admite que ha sido un duro golpe... ¡Ah, y no le llores!

MACBETH.- Aunque me empeñara, no podría hacerlo. (*Escupe*) Llorar a Duncan... ¡Yo!

LADY MACBETH.- Ni a Duncan ni a nadie. Las lágrimas te desnudan, te dejan a la intemperie. Te hacen transparente. No permitas que lean tus pensamientos ni que adivinen lo que sientes. Deja que lloren ellos, que hablen... Así conocerás mejor sus intenciones y hasta dónde alcanza su lealtad. No les pidas consejos, pero, si te los dan, desconfía. Eso sí, diles que los tendrás en cuenta. Cuando acaben, dales las gracias y promete que sabrás corresponder a su confianza.

MACBETH.- Nos olvidamos de Lovel. Cuando sepa que nos hemos reunido a sus espaldas, no se quedará cruzado de brazos.

LADY MACBETH.- Cortárselos. No le des ocasión para que los use, pero no lo hagas antes de averiguar qué gente tiene detrás. ¿O crees que está sólo?

MACBETH.- Le vigilaré de cerca.

LADY MACBETH.- Con cien ojos: los tuyos y los de quienes han apostado por ti. Ellos también le temen, y mucho, puesto que reclaman tu ayuda. Acabar con su amenaza es tarea de todos. Compromételos a fondo, que nadie se quede al margen.

MACBETH.- Llegada la hora de la degollina...

LADY MACBETH.- Tú ocúpate de Lovel. Deja que los demás lo hagan de sus acólitos. Se sentirán orgullosos de saber que cuentas con ellos. Te adorarán.

MACBETH.- Sabios consejos.

LADY MACBETH.- Alguno más: dentro de una hora, o quizás antes, ya serás el jefe. Desde el primer minuto, compórtate como tal, de modo que no les quede la menor duda de ello. Tú eres el que ordena y manda. No seas amigo de ninguno. Si te han elegido, es porque les interesa. Por tanto, nada les debes.

Lady Macbeth le arregla algún detalle de la ropa. Luego, le examina de la cabeza a los pies.

MACBETH.- ¿Algún pero?

LADY MACBETH.- Te iría bien una corbata.

ESCENA ONCE

Macbeth regresa del entierro de Duncan.

LADY MACBETH.- ¿Ya despedisteis a Duncan, querido?

MACBETH.- Está tres metros bajo tierra.

LADY MACBETH.- Cerca del infierno, como debe ser. Descanse en paz.

MACBETH.- Aunque por un momento he tenido la sensación de que resucitaba.

Me han entrado los mil sudores.

LADY MACBETH.- Duncan no es Cristo.

MACBETH.- No te rías. Mientras bajaban el ataúd, le he visto al otro lado de la fosa.

LADY MACBETH.- ¿Vuelven las alucinaciones?

MACBETH.- Como que estoy aquí, que le tenía enfrente, vivo y coleando.

LADY MACBETH.- Estás de broma, Macbeth.

MACBETH.- No, no bromeo. Era él, cuarenta años más joven. Los demás también le han visto. Se han quedado pálidos, como yo. Ha habido un momento de confusión. Luego, se ha aclarado todo. Este Duncan no era el que yo maté.

LADY MACBETH.- ¿Quieres decir que hay otro?

MACBETH.- Su hijo. Es su vivo retrato.

LADY MACBETH.- ¿Quién es la madre?

MACBETH.- No tengo ni idea.

LADY MACBETH.- ¿No ha ido al entierro?

MACBETH.- El chico ha llegado en un coche negro acompañado de Banquo.

LADY MACBETH.- Nunca te he oído hablar de él.

MACBETH.- Apenas le conozco. En alguna ocasión, les he visto en casa de Duncan. Creo que era su administrador, el que le llevaba los negocios.

LADY MACBETH.- ¿Qué más?

MACBETH.- El chico ha seguido la ceremonia en silencio, sin inmutarse. Banquo me señaló y le dijo algo al oído. Seguramente, que yo había vengado la muerte de su padre. Me ha mirado, pero no ha hecho ningún gesto.

LADY MACBETH.- Debería haberte dado las gracias.

MACBETH.- Antes de que los sepultureros echaran las paletadas de tierra, ha cogido un puñado y lo ha arrojado a la fosa. No se ha quedado ni un segundo más. Ha regresado al coche y ha desaparecido.

Se hace un largo silencio.

LADY MACBETH.- Creíamos que no quedaba nada por hacer.

MACBETH.- Explícate.

LADY MACBETH.- Mal que nos pese, Duncan vive.

MACBETH.- Ha muerto, y se acabó.

LADY MACBETH.- Aplastaste a la serpiente, pero queda la cría.

MACBETH.- Acaba de salir del cascarón.

LADY MACBETH.- Crecerá. Pronto echará los dientes y los llenará de veneno.

Habremos perdido el tiempo si no evitamos su mordedura. Es necesario destruirla, enviarla cuanto antes a hacer compañía a su padre.

MACBETH.- ¡Es un niño!

LADY MACBETH.- Que amenaza nuestro sueño.

MACBETH.- Únicamente si sigue los pasos de Duncan.

LADY MACBETH.- ¿Por qué no habría de hacerlo?

MACBETH.- ¡Maldita sea mi estampa! ¡No tengo madera de herodes!!

LADY MACBETH.- ¿Te compadeces de él? Estará mejor muerto que dando vueltas a nuestro alrededor.

MACBETH.- Nadie me secundaría.

LADY MACBETH.- Para este negocio, no necesitas aliados. Es de tu exclusiva incumbencia.

MACBETH.- Un asunto privado.

LADY MACBETH.- A ti te toca resolverlo. ¡Nada tienes asegurado!

MACBETH.- ¡Qué pronto habíamos cantado victoria!

LADY MACBETH.- ¡Actúa, Macbeth! Deja de lamentarte.

MACBETH.- No sé dónde encontrarle.

LADY MACBETH.- Excusas. Búscale debajo de las piedras. Siempre has sido un buen sabueso.

MACBETH.- Jamás he usado el olfato para buscar párvulos.

LADY MACBETH.- ¡Un poco de coraje! Alguna vez tiene que ser la primera.

MACBETH.- No ésta.

LADY MACBETH.- Es una pena que dejes pasar la ocasión.

MACBETH.- Si sólo fuera para tenerle controlado...

LADY MACBETH.- Mientras se va haciendo grande, ¿no? Algo es algo.

MACBETH.- (*Sin entusiasmo*) Daré con él. Luego, ya veremos.

LADY MACBETH.- Manos a la obra.

Macbeth asiente. Ella le lanza una mirada de desprecio, que él, ensimismado, no capta.

ESCENA DOCE

Despacho de Duncan. La caja fuerte empotrada en la pared y los cajones de la mesa están abiertos. Por todas partes, sobres abultados y papeles. Macbeth revisa todo apresuradamente y aquello que le interesa lo introduce en una bolsa: varios fajos de billetes y numerosos documentos: De uno de los sobres saca algunas fotografías, que, en un primer impulso, arroja al suelo. Las toma de nuevo y las contempla una a una. Sin duda, le han sorprendido. Sin apartar la vista de ellas, permanece pensativo, como recordando algo. El sonido del motor de un coche le sobresalta. Deja la habitación a oscuras y se asoma al exterior. Los faros iluminan durante unos segundos la estancia. Permanece en silencio. Pasados unos minutos eternos, oye la puerta de la calle y pasos en el piso inferior. El recién llegado enciende la luz de la escalera y sube. Cuando alcanza la planta alta, prende la

del pasillo. Se detiene frente a la puerta del despacho, tal vez sorprendido de encontrarla abierta.

VOZ.- ¿Hay alguien ahí?

Macbeth esgrime su pistola y se planta ante la puerta. Dispara. Un cuerpo se desploma.

MACBETH.- ¡Banquo! Lo siento. Ha llegado en mal momento. ¿Puedo tutearte? A los muchachos no les haría ninguna gracia saber que me has sorprendido hurgando en los papeles de Duncan.

Macbeth enciende la luz, llena la bolsa con los documentos que todavía no ha revisado y la cierra. Enciende un cigarrillo y, al punto, lo arroja al suelo y lo aplasta con el pie. Con el botín en la mano, echa una mirada al cadáver y sale.

ESCENA TRECE

En el salón de la casa. Macbeth contempla absorto las fotos encontradas en el despacho de Duncan. Mientras, su esposa examina la bolsa. Extrae los fajos de billetes. Rompe el precinto de uno de los fajos y los cuenta.

LADY MACBETH.- Mucho dinero. ¿Has oído?

MACBETH.- (*Sin apartar la vista de las fotos*) Sí. Una pasta.

Lady Macbeth deja el dinero sobre la mesa y se ocupa de los documentos. Cuando acaba de examinarlos, se dirige de nuevo a Macbeth.

LADY MACBETH.- Baja ya de las nubes, Macbeth. Tenemos mucho que hacer.

MACBETH.- Esta mujer...

LADY MACBETH.- Es la madre del pollito de marras. Ya me lo has dicho.

MACBETH.- Cuando la conocí, no lo sabía.

LADY MACBETH.- ¿Cómo ibas a saberlo, si acabas de enterarte de que Duncan tenía un hijo?

MACBETH.- Mira, en esta foto están los dos juntos.

LADY MACBETH.- Ya la he visto.

MACBETH.- No se me va de la cabeza.

LADY MACBETH.- Olvídate de ella. ¡Está muerta!

MACBETH.- La maté yo.

LADY MACBETH.- También me lo has dicho: por encargo de Duncan.

MACBETH.- ¿Por qué se deshizo de ella?

LADY MACBETH.- Le jugaría alguna mala pasada.

MACBETH.- Muy gorda tuvo que ser.

LADY MACBETH.- (*Quitándole las fotos y tirándolas a la papelera*) ¡A lo nuestro, Macbeth! (*Señalando la mesa*) Ahí está lo que nos interesa.

MACBETH.- Papeluchos.

LADY MACBETH.- No para Banquo.

MACBETH.- Imposible saberlo. Otro que no vive para contarlo. Lo que yo buscaba lo he encontrado. Queríamos averiguar dónde está el hijo de Duncan. ¿No era eso? Bien, ya tenemos los recibos del colegio. El muchacho está en un internado. Lo demás, ya lo he dicho: papeluchos.

LADY MACBETH.- A Banquo no le interesaban los recibos del colegio. ¿No te has preguntado qué hacía en casa de Duncan a hora tan intempestiva? La respuesta está ahí. Saldos de cuentas corrientes, acciones, escrituras, contratos, apuntes sobre los negocios que se traía entre manos, la lista de sus bienes, los conocidos y los ocultos... Oro molido. Todo nos

pertenece. Hay que hacerse con su control antes de que otros lo intenten. Banquo ha sido el primero, vendrán más. De momento, les llevamos ventaja. Estos papeles serán nuestra hoja de ruta.

MACBETH.- Se avecina una guerra sin cuartel. ¿Habremos medido bien nuestras fuerzas? ¿Y si hubiéramos ido demasiado lejos?

LADY MACBETH.- ¿Vacilas?

MACBETH.- ¿De qué serviría? Estamos en medio del río. Retroceder es tan peligroso como seguir avanzando hacia la otra orilla. Ya no tiene sentido dar marcha atrás. Sólo nos queda, si la corriente no nos arrastra, prepararnos para hacer frente a lo que nos encontremos en ella.

LADY MACBETH.- Tanto pesimismo, está fuera de lugar. Los hechos te desmienten. Lo conseguido hasta ahora es más de lo que queda por hacer. Hemos superado los mayores obstáculos. Eso debería animarte a poner más entusiasmo en lo que haces. Pero, con él o sin él, me alegra que apuestes por seguir. Tiempo habrá de que te felicites por no haber sucumbido al desánimo.

MACBETH.- ¿Por dónde empezamos?

ESCENA CATORCE

Un pequeño almacén lleno de pupitres, sillas, tarimas, encerados, mapas y otros materiales propios de un centro de enseñanza. De fuera llegan gritos y el ulular de sirenas. Suena algún disparo. Macbeth, pistola en mano, entra precipitadamente. Está sudoroso y sofocado. Apoyado en la puerta, trata de recuperar el aliento. Antes de conseguirlo, mira al exterior a través de los cristales sucios de la única ventana. A veces, el alboroto remite, pero enseguida vuelve. Macbeth hace una llamada desde el móvil.

MACBETH.- Soy yo (...) No seguiré creciendo, no. ¿No era eso lo que querías?
(...) Pero hemos perdido la partida. Los peores presagios se han cumplido. (...) ¡Escucha! (...) ¡Déjame hablar! ¡Todo se ha ido al carajo!
¡Al carajo! ¿Entiendes? (...) ¿Qué más da lo que ha pasado? (...) Tenía controlados todos sus movimientos. Nada podía fallar. Sólo era cuestión de esperar el momento justo. Ha salido del colegio. Iba con cuatro o cinco compañeros. Luego, los demás se han ido. He salido del coche. Me ha visto. Le he saludado con la mano. (...) Me ha reconocido, sí. “¡Eh, muchacho! Quiero hablar contigo”. “¿Por qué no ha venido el señor Banquo?”, me ha preguntado. (...) “¿Dónde está?” “Verás...” (...) ¡No tengo tiempo de contarte la película, querida! Me están buscando. ¡Van a cazarme! (...) ¡Claro que intentaré escapar! Desde donde estoy veo una arboleda. Si logro llegar a ella, tal vez... Si no lo consigo, adiós. Cuídate, reina. (...) ¿Miedo? Alguna vez lo tuve, cuando soñaba con fantasmas y no conseguía espantarlos, pero he olvidado su sabor. Si no es miedo, ¿qué otra cosa puede ser lo que siento? ¿Qué otra cosa? ¿Tú lo sabes? (...) Nunca he estado tan jodido. Se me ha hecho un nudo en la garganta cuando ese baboso me ha soltado en la cara: “¿Está muerto el señor Banquo? ¿También le han matado, como a mi padre? ¿Ha sido usted?” “¡Usted ha matado a mi padre y al señor Banquo! ¡Usted les ha matado!! ¡Este hombre quiere asesinarme!!!” (...) ¿Estás ahí? (...) ¡Gritaba! ¡Gritaba como un poseso! (...) ¿Las sirenas? (...) De la policía. Hay cada vez más policías. Y perros. También ambulancias. (...) Muertos, heridos. Muchos, no sé cuantos. Disparaba a ciegas. Se ha metido en el colegio. Yo, detrás. Detrás de él, por los pasillos. Se ha refugiado en una clase. Primero cayó el profesor. El imbécil se puso en medio para no dejarme entrar. Luego, los demás. Como moscas. La sangre llamaba a la sangre. Eran niños. Eso a ti no te importa, pero eran niños. Cachorros. (*Macbeth solloza*) Ya está hecho. No sirve lamentarse. Toca ocuparme de mí. No debo seguir aquí. Tengo que intentarlo ya. Voy a cortar. ¿Cómo

está mi mujercita? [...] ¿Qué te ocurre? ¿Por qué callas? (...) No necesito consuelo, sino suerte. Mejor no digas nada. El dolor no habla. Un beso.

Macbeth interrumpe la comunicación. Vuelve a asomarse al exterior.

MACBETH.- ¡Ahora o nunca, Macbeth!

Abandona el almacén a la carrera. Se oyen voces de alto y disparos.

ESCENA QUINCE

Alcoba de los Macbeth. Abierta sobre la cama, una maleta. Lady Macbeth pone en ella algunos objetos personales y ropa que saca del armario. Fuera se oyen pasos.

LADY MACBETH.- ¿Quién anda ahí?

MACBETH.- Soy yo. ¿Dónde estás?

Lady Macbeth no responde. Cuando su esposo entra en la habitación, está demudada.

MACBETH.- ¡Deprisa! Hay que largarse. Vienen pisándome los talones. Los hijos de puta habían decidido que ya he vivido lo suficiente. ¿Qué haces ahí parada? ¿Te ha dado un aire?

LADY MACBETH.- Macbeth, yo...

MACBETH.- No me esperabas.

LADY MACBETH.- No.

MACBETH.- ¿La maleta?

LADY MACBETH.- Me voy, Macbeth.

MACBETH.- ¿Sola?

LADY MACBETH.- Te buscan a ti, no a mí.

MACBETH.- Abandonas el barco, como las ratas.

LADY MACBETH.- Se hunde.

MACBETH.- Será con los dos dentro.

LADY MACBETH.- Yo no he matado a nadie, ¿entiendes? Soy inocente.

MACBETH.- Me has empujado al desastre.

LADY MACBETH.- ¿De qué me acusas? Fue aquella camarera. La escuchaste y te convenció. No tuvo que esforzarse mucho. Ya estabas instalado en el crimen. Naciste para matar.

MACBETH.- Es verdad que hice de la muerte mi oficio. ¿Cómo voy a negarlo? Era un buen profesional del crimen. Recibía órdenes, las ejecutaba y, cuando rendía cuentas, sentía la satisfacción del deber cumplido. Era feliz, sin preocupaciones ni quebraderos de cabeza. Vivíamos confortablemente. Nada nos faltaba. Luego apareció esa mujer. Me regaló los oídos, tanto que despertó mi codicia. Tú, en lugar de sacar el aguijón que me había clavado, le diste la razón y me llenaste la cabeza de pájaros. En mala hora. Duncan me mandaba matar y yo obedecía. A partir de entonces nos tocó a nosotros elegir las víctimas. Antes, despachaba a gente de la que nada sabía. Ahora, envió a la tumba a los que hasta la víspera fueron mis amigos o a los que, sin serlo, tienen la desgracia de cruzarse en mi camino. De ninguna de estas actuaciones he logrado beneficios. Todos quedan para más adelante, pues, antes de recogerlos, se impone la necesidad de consumir otra muerte. A Duncan le maté por ambición, a Morton para echar sobre sus hombros el crimen, a Lovel para que no diera un golpe de mano... ¿Sigo?

LADY MACBETH.- Ese camino lo has recorrido tú sólo.

MACBETH.- Hemos ido de la mano. Miento. Tú, dos pasos por delante. Yo detrás, siguiendo tus dictados. Yo no quería matar al hijo de Duncan.

LADY MACBETH.- Pero has segado la vida de un puñado de niños.

MACBETH.- ¡No me lo recuerdes!

LADY MACBETH.- ¡No me culpes de tus desvaríos!

MACBETH.- No puedes volverme la espalda.

LADY MACBETH.- ¡No soy tu cómplice!

Se oye, lejana, la sirena de un coche de la policía.

MACBETH.- ¡Ahí están!

Macbeth sale de la alcoba. Ella aprovecha su ausencia para cerrar la maleta, pero antes de conseguirlo, él regresa.

MACBETH.- ¡Quieta!

LADY MACBETH.- ¿Vas a secuestrarme?

MACBETH.- De aquí no te mueves. Los dos correremos la misma suerte.

LADY MACBETH.- Yo no. Tuya es la derrota.

MACBETH.- Rendiremos cuentas juntos.

Macbeth la aparta de la maleta de un empujón y empieza a vaciarla. Ella, en el suelo, gime. Macbeth encuentra, entre las prendas, el dinero de Duncan.

MACBETH.- ¿También te llevabas el dinero? (*Arroja los fajos de billetes contra ella*) ¡Papel mojado! ¡Basura!

De pronto, algo llama su atención: el traje negro y la melena de estopa de la camarera del tugurio que frecuentaba Macbeth. Sostiene el disfraz en las manos.

MACBETH.- ¡Sucia perra! Eras tú la camarera. Todo lo tenías planeado para satisfacer tus delirios de grandeza. Sólo te faltaba que yo los compartiera. ¡Bien supiste hacerlo! ¡Cómo conseguiste llevarme a tu

terreno! Hurgaste dentro de mí hasta encontrar ese punto débil que nos hace vulnerables.

LADY MACBETH.- Quería estimular tu ambición, empujarte a ser alguien.

MACBETH.- Con qué habilidad me has arrastrado al abismo y has vencido mi resistencia. Primero, despertando esos sentimientos tan escondidos que ni siquiera sabemos que los llevamos dentro. La obsesión por el poder se apoderó de mí. Luego, por si quedaba alguna duda sobre mi voluntad de arrebatárselo a Duncan, conseguiste que le odiara. Me hiciste recelar de él, sembraste la sospecha de que pretendía apartarte de mí. ¡Pura invención!

LADY MACBETH.- ¿Qué importa ya lo que pasó?

MACBETH.- ¡Mucho!

Macbeth la sujeta por el pelo y la obliga a alzar la cabeza.

LADY MACBETH.- ¡No me toques!

MACBETH.- Mírame a los ojos.

LADY MACBETH.- Cobarde.

La abofetea.

LADY MACBETH.- Mil veces cobarde.

La parafernalia policial envuelve la casa.

LADY MACBETH.- Sal a pelear si tienes cojones.

MACBETH.- No sin que antes arreglemos nuestras cuentas.

Macbeth la toma por el cuello y lo oprime con fuerza. Cuando la suelta, el cuerpo sin vida de Lady Macbeth se desploma.

MACBETH.- La reina ha muerto. Ya has pagado por tus atrocidades. Nadie te echará de menos. Enseguida pagaré yo por las mías.

El intérprete de Macbeth se vuelve hacia el público.

ACTOR.- Será el final de este drama sangriento representado por unos actores que estamos a punto de abandonar el escenario. Sólo por unas horas, porque mañana regresaremos para continuar los ensayos. La misma historia, una vez más.

Los policías echan abajo la puerta de la calle. Sobre los ladridos de los perros, se alzan sus voces conminándole a que se rinda. La actriz se incorpora y escucha lo que dice su compañero de reparto.

ACTOR.- El autor me ha concedido un tiempo extra, como hizo aquel gran dramaturgo que contó hace cuatrocientos años la vida de otro Macbeth. Él también provocó la muerte de la esposa, motor de los terribles sucesos, y prolongó la del hombre, quizás porque, habiendo sido un títere manejado por ella, quiso dejarle que fuera, durante unos minutos, dueño de sus actos. ¿Qué actos, en nuestro caso? Los que conducen al desenlace. Si se produce pronto, como debe ser, pues no tendría sentido prolongar la obra indefinidamente, solo cabe que Macbeth se enfrente a la policía y caiga abatido por sus disparos, o que salga de su casa con los brazos alzados y se entregue. También cabe la posibilidad de que burle el cerco y escape. En tal caso, la vida continuaría para él. Pero ¿cómo sería sin la ambición de Lady Macbeth? Vulgar. Si acaso, se convertiría en el protagonista de una historia distinta. Quizás, la de un hombre atormentado por sus crímenes. A mi no me gustaría interpretarla, desde luego. El autor sabe que el tiempo apremia. La fecha del estreno está a la vuelta de la esquina. Yo me he permitido sugerirle un final que me gusta. (*Declama*) "La vida es una sombra tan sólo, que

pasa. Yo soy un pobre actor que consume su turno sobre el escenario para jamás volver a ser oído. ¿Qué más da, si soy un necio que cuenta una historia llena de ruido y furia que nada significa?”. (*La actriz aplaude*) Pero el autor no ha querido rematar la obra con estas palabras porque no son tuyas. Además, dice que no sabe si el que habla es Macbeth o soy yo. Mañana, tal vez, traiga escrito el final.

La actriz le coloca en la cabeza la peluca de la camarera.

ACTRIZ.- Me tomaría un cuba libre de ginebra.